

LA MADEJA XI



NUEVAS MASCULINIDADES

INDICE

| | |
|---|--------------|
| INTRODUCCIÓN..... | página 1 |
| HOMBRES POR LA JUSTICIA DE GÉNERO..... | páginas 2-6 |
| CÓMO SER DISIDENTE DEL PATRIARCADO..... | páginas 7-8 |
| EL PROBLEMA DE LOS SEXOS..... | páginas 9-11 |

INTRODUCCIÓN

¿Cómo podría el capitalismo sobrevivir sin patriarcado? A lo largo de los siglos, el hombre ha negado su vulnerabilidad y todo lo que a ella le recuerda. Ha construido sistemas de pensamiento para elevar el intelecto del individuo a ente supremo creador de la realidad, ha forjado estructuras sociales piramidales para sostener la creencia en que un espíritu, el suyo, basta para dirigir millones de cuerpos, para negar el hecho natural de que es un animal, y además, un animal social que depende de sus congéneres para vivir. Cuanto más fuerte y más innegable es el vínculo de interdependencia natural, con más violencia se rechaza. Tal es el vínculo del hombre con la mujer, de la que nace y a la que necesita para reproducirse. El capitalismo, basado en la posesión y explotación del otro como cosa (viene de “capitas”, cabeza de ganado), no puede extenderse como sistema si no es a condición de desensibilizar al individuo para que naturalice la violencia como forma de vida, ya que se basa en la competición y la anulación del otro para crearse el yo por encima del resto. Por eso todo abuso que se pueda llevar a cabo va a ser fomentado y rentabilizado por el capitalismo, si bien, con el paso del tiempo, buscando formas más disimuladas, y tan sutiles, que hasta a la víctima le cueste reconocerse como víctima. La opresión sobre mujeres y menores, es una piedra fundacional del sistema ya que se ceba en una diferencia biológica, el materno, el vínculo necesario entre el cuerpo de la madre y la cría humana, que va a ser interpretado como debilidad a explotar en la competición por el poder. El núcleo ideológico del capitalismo, es inseparable del conjunto de creencias irracionales que componen la masculinidad tradicional, y que se nos filtra a través de los productos culturales aparentemente más neutrales, también a las mujeres, para que imitemos y compitamos. Pero nosotras sabemos cómo luchar sin competir, y esta batalla la vamos a ganar, y cuando se nos crea fuera de juego, y hasta muertas, seguiremos estando, por medio de lo que no se puede acaparar ni poseer ni vender, y que está mal visto y ridiculizado. ¡Cosas de mujeres! Vaya este número especialmente por los que son compañeros, que todavía, por desgracia, son una minoría, por los que saben, o están aprendiendo, a respetar y cuidar sus relaciones, porque son ellos los que van a crear un mundo nuevo, de vínculos fuertes y seguros. A los que se burlan del invendible, y de quienes lo defienden, los que nunca tienen tiempo para estas cosas de mujeres, pero sí para pisotear la existencia de los demás, les llegará también su momento, y verán entonces lo que han dejado por el camino en persecución de su distopía de sujetos absolutos, señores de la prisa, creadores de la nada, y autosuficientes de su propio vacío.

Grupo Moiras, a octubre de 2022

HOMBRES POR LA JUSTICIA DE GÉNERO

Son la parte más desconocida de la lucha por unas relaciones justas entre géneros, pero desde los años setenta del siglo pasado, estos hombres se han ido organizando y actuando como movimiento en todo el mundo. Se trata de un movimiento complementario al feminista, con ámbitos de trabajo y de lucha diferentes pero relacionados, dentro del mismo objetivo de suprimir el patriarcado. No hay que confundirlo con el *Movimiento por los derechos de los hombres*, que es la reacción machista organizada contra el feminismo. Hay unos análisis, conceptos clave y modos de trabajar básicos que están caracterizando a este movimiento, y que son asumibles para los libertarios que quieran trabajar en este campo, al igual que nosotras asumimos las premisas definitorias del feminismo, las cuales se refieren a una reconfiguración horizontal de las relaciones entre hombres y mujeres, y no necesariamente a las vías autoritarias para conseguirlo propuestas desde las facciones estatistas de esta lucha.

Primero de todo se guían por el valor equidad, que no es la lucha por el poder y el dinero, o la competición con el hombre dominante mediante la asunción de los valores que le son propios, y que no consiste en el rechazo de las diferencias, sino de las desigualdades. Y aunque todavía no se ha llegado a una delimitación muy clara de lo que es la masculinidad o la feminidad, podemos ir separando de la diferencia legítima, aquello otro que implica dominación y explotación porque niega cualidades humanas universales.

Erradicar la violencia machista pasa por distinguir las injusticias, para lo cual es necesario el trabajo de crítica a la masculinidad hegemónica. Esta empieza por reconocer el origen psicológico de la misma, que está en la necesidad de reconocimiento. Todos necesitamos ser reconocidos como seres diferentes, y una vía fácil, falsa y fallida, ha sido la construcción de la identidad por oposición radical a la otredad, humana y ambiental, estableciendo pares de opuestos irreconciliables según una estructura que divide en superior e inferior. El fin es satisfacer un deseo de reconocimiento absoluto, exclusivo, e indefinido, que por imposible de realizar sin destruir la realidad social y natural de la que dependemos para vivir, acaba configurando estructuras sociales verticales, apoyadas en pactos de los individuos dominantes (una élite masculina) para sostener esa ilusión de superioridad. También estas estructuras destruyen la vida, pero en un plazo más largo.

Según las dicotomías patriarcales, el hombre básicamente es el sujeto activo, y se destaca por la exteriorización del yo a través de lo que hace y de lo que posee. La competición y el alardeo constituyen su estado permanente, en un eterno viaje por el que hay que demostrar que se hace aunque no se esté haciendo nada, y que se posee, aunque en realidad no se tenga nada. Como el proceso de masculinización tradicional inculca en el niño la evitación de la expresión de los sentimientos por ser síntoma de debilidad-feminidad, en el hombre patriarcal, falta diálogo interior y recursos para la autorreflexión o la autocrítica. Al mismo tiempo, el pensamiento basado en extremos opuestos da lugar a una lógica de todo o nada, que castiga y censura las desviaciones de la creencia, de manera tal que incumplir una parte, convierte en incumplidor

total¹. Esto es raíz del pensamiento autoritario y del fanatismo: miedo a ser confundido con lo otro y la pretensión de superioridad indiscutible. El hombre “de verdad” según el patriarcado, es infalible, no admite errores, porque es fuerte, no débil, y debe descollar en la lucha de todos contra todos. No hay lugar para la empatía, para el cuidado de los otros, ni siquiera para el cuidado de sí, ya que, si no se es temerario, se es cobarde, y no se es hombre. Soportar esta farsa de superioridad es duro para ellos mismos, que no se han hecho con las herramientas para lidiar con los problemas internos, ya que no se les permite expresar emociones ni trabajarlas. La dureza del hombre patriarcal, no es racionalidad, es falta de desarrollo emocional. Entonces, ante cualquier golpe de la vida suelen recurrir a la violencia.

El golpe se lo está llevando el patriarcado en gran medida por la quiebra del esquema padre proveedor del sustento-madre e hijos dependientes. Aunque se las han apañado para no asumir las responsabilidades domésticas y familiares que les corresponden y sostener el esquema de división sexual del trabajo. Este supone sometimiento de la mujer en el espacio privado, llevando consigo la sobrecarga de trabajo, el deterioro de su salud, la anulación y el desprecio, pues desde niña aprende que es menos valiosa que sus hermanos, que su tiempo vale menos, y tiene que dedicarlo todo al cuidado de los demás. No se la quiere por sí misma, solo por su utilidad.

Según las investigaciones de este movimiento, la violencia machista adquiere formas más sutiles en las sociedades actuales, al igual que en los estratos sociales más altos y más cultos, y en los hombres más progresistas. Según esto la violencia adquiere formas más refinadas, menos explícitas ¿Implica esto que la violencia, sea física o psíquica, es menor? Comparándola con otras épocas quizá sea menos brutal, pero comparando entre estratos sociales, los malos tratos y las muertes de mujeres suceden por igual en todos ellos, y se exagera cuando ella trata de afirmar su independencia pidiendo la separación o el divorcio, o cuando su carrera profesional destaca sobre la de él, o él queda en el paro y dependiente de ella, cosa que ha sucedido mucho con la última crisis económica. Lo que se han renovado y afinado son las estrategias que el hombre usa para ocultar que lo que está haciendo es violencia, ya que siempre trata de hacerle sentir a la mujer que el problema es de ella y ella es la responsable. Se usa el término “micromachismos”, si bien tal vez no sea acertado ya que también a nivel macro o estructural se ejerce la violencia psicológica. Pero ésta es un elemento permanente de la violencia machista, ya que la socialización patriarcal es un entrenamiento en la falta de empatía y en el razonamiento instrumental, y hasta el más joven de los hombres es un experto en manipulación sin necesidad de un aprendizaje explícito.

En el plano de las relaciones de pareja y de la sexualidad, la masculinidad hegemónica traslada al plano afectivo el esquema de dominio masculino, también de forma engañosa para la mujer. Mientras a ella se le inculca el modelo de amor como fusión permanente, anularse por amor, a ellos se les inculca que no han de renunciar absolutamente a nada, ni adquirir compromiso o responsabilidad. Mientras ellas tienen que demostrar “amor incondicional”, ellos el suyo lo condicionan a la obediencia, al tragar con sus privilegios, bajo la amenaza de retirar el afecto a la

¹ Ver Bonino Méndez, Luis. «Masculinidad hegemónica e identidad masculina». *Dossiers feministes*, 2002, n.º 6, pp. 7-35, <https://raco.cat/index.php/DossiersFeministes/article/view/102434>, p.17.

mínima contrariedad. Al estilo de apego ansioso y dependiente de ella, se contraponen el frío y desapegado de él, así se sostiene el chantaje. De por sí, la sexualidad masculina hegemónica rehúye la cercanía, la intimidad, las demostraciones de afecto, el diálogo sincero y con escucha, y todo lo que suponga construcción equitativa de la relación. De esta manera, genitaliza la sexualidad, la empobrece, y la reduce a unas prácticas de dominio masculino sobre el cuerpo de la mujer, y de ahí las instituciones complementarias matrimonio y prostitución: mujeres para la reproducción y mujeres para el placer del hombre. Con la separación de origen religioso entre mente y cuerpo, sexo y afecto, se hace posible la ruptura de la integridad personal de la mujer, su cosificación y mercantilización, obligándola a aceptar un sexo sin deseo ni sentimiento, por tanto, insatisfactorio para ella, lo cual además perseguía la ventaja patriarcal de asegurar su fidelidad y preservar la “legitimidad” de la descendencia.

La forma de eliminar esta violencia en origen, es antes que nada incidiendo en el proceso de masculinización, y esto se hace mediante la intervención socioeducativa formando tanto a la población más joven, como a profesorado, mediadores sociales, madres y padres. Es una labor complementaria a la del feminismo, que sirve para desaprender los patrones de masculinidad hegemónica, que en un mundo competitivo, en el que el estado ha asumido un feminismo de copia de los valores patriarcales, también las niñas y adolescentes están siguiendo en sus relaciones. Este trabajo no puede hacerse sin la implicación de los varones, en grupos mixtos, con las chicas, y no mixtos, de ellos solos. Al desaprender los esquemas patriarcales se va formando una nueva masculinidad, de relaciones equilibradas consigo mismo, con la mujer y con los géneros en conjunto, al mismo tiempo que se asume el respeto a unas nuevas masculinidades, en plural, por las masculinidades no heterosexuales, y porque cada hombre le aporta una variante personal a la masculinidad².

En este sentido, cabe destacar dudas que se formulan dentro del movimiento, y que a fin de cuentas son las que cuando se resuelven lo ayudan a avanzar. Hay autores que se preguntan si la masculinidad es solo una construcción cultural y si en realidad no habría que abolirla. Conclusión parecida es la que extrae la escuela feminista radical, mientras el queer opta por la conversión del género en una representación subjetiva. Nosotras no compartimos esto. Y otra cuestión importante es la de los límites del movimiento de los hombres. De hecho, las investigaciones en España y en Europa, como las recogidas en la obra aquí citada como referencia (pie de página n°2), muestran que los hombres que ponen en práctica la equidad de género y son “compañeros”, son una muy escasa minoría. El resto son “acompañantes” que por utilitarismo o resignación, consienten en cambios o incluso comparten el discurso feminista, o bien machistas tradicionales que se enfrentan abiertamente al feminismo. Entonces, ¿es esperable que por sí mismos renuncien a sus privilegios? No sin el empuje del feminismo, pero tampoco sin este trabajo que ellos tienen que hacer. En el caso del patriarcado, no va a haber justicia de género sin el concurso de los hombres, porque hombre y mujer no son categorías excluyentes, como sí lo son obrero y patrón.

² El resumen de estos contenidos proviene de la obra colectiva “Voces de hombre por la igualdad de género”, escritos por algunos de los principales activistas contra la violencia de género en España. José Ángel Lozoya y José María Bedoya, coordinadores. <https://vocesdehombres.wordpress.com/>

Por el contrario, se necesitan mutuamente, y no requieren de una guerra o una competición, sino de una revisión de las reglas de convivencia que unilateralmente se han ido estableciendo. A la pregunta de si son feministas, tampoco la respuesta es unánime entre ellos. El movimiento por la justicia de género lo empezaron las mujeres, ante todo son ellas las víctimas del patriarcado, porque incluso el hombre que diga luchar por el mismo objetivo que ella, lo hace desde una posición de poder diferente, por lo que las mujeres necesitan su propio espacio crítico, el feminismo, dentro de la lucha antipatriarcal. Mientras las estructuras verticales de poder existan, tiene sentido la existencia de las luchas y los espacios mixtos y no mixtos. Así es como se trabaja también en nuevas masculinidades y como debería trabajarse la lucha antipatriarcal dentro del anarquismo.

Como mujeres, podemos afirmar que el nivel de compromiso con los valores antipatriarcales dentro del movimiento libertario español sigue siendo tan escaso como para la población masculina de este país, y como lo fue en la época de Mujeres Libres, que recordemos, nunca llegó a ser reconocida como cuarta rama organizacional del movimiento por más que sí recibiera apoyo de él. El feminismo ha ido avanzando solo, sin la ayuda de los hombres, como si la meta hubiera sido exclusivamente cambiar a la mujer para elevarla al nivel del hombre, esto es, para integrarla en un mundo de valores de masculinidad hegemónica. Efectivamente, ése es el feminismo que no supone amenaza para el sistema social, al tiempo que tampoco llega a eliminar el patriarcado sino que lo transforma para camuflarlo. En el mundo libertario, como en el resto de sociedad, la mayoría de hombres, simplemente han ido aguantando o adoptando el discurso feminista con resignación, pero sin adquirir las actitudes para equilibrar las relaciones con las compañeras. Creemos que aquí podemos usar libremente el plural genérico “los hombres”; no en específico “los hombres patriarcales”, sino todos ellos, porque ¿qué hombre no es patriarcal? Hay que asumir las propias violencias. Una que nos afecta por igual es el etarismo, ¿qué adulto no ejerce la violencia infantil? Nuestro modelo de relación con los niños, sigue siendo violento mientras no nos cuestionemos nuestros patrones de crianza y educación, y desaprender eso nos lleva la vida entera. Se responderá que si esto es así, nadie está libre de machismo. Por supuesto que no, pero el machismo en la mujer es autoviolencia, proyección hacia sí misma de la violencia del varón, que volvemos a decir, por su posición en la jerarquía de género, no sufre la violencia patriarcal en la misma forma. La deshumanización en el ser dominante tiene por causa el ejercicio de unos privilegios. El hombre sigue siendo la parte dominante de la relación y la violencia la vuelca predominantemente hacia las mujeres, y por extensión, a los hombres que no entran en el patrón heterosexual tradicional y a les no binaries. A este respecto, es llamativo que todavía exista la pretensión de excluir el concepto y el término “feminismo” de la lucha anarquista, bajo el supuesto de que todas las violencias patriarcales son iguales, vengan de las mujeres o de los hombres, y que como el anarquismo ya incluye la lucha contra todas las injusticias, no hace falta nombrarlo ni por supuesto, especificarlo con espacios de lucha y organizaciones propias. Nosotras, como sabemos que lo que no se nombra no existe, o más bien, queda ignorado, nos definimos desde un principio como feministas a la par que antipatriarcales, y reivindicamos el feminismo libertario, en sí tradición de lucha, que aunque no se llamara así, era esto. Y una de las violencias principales que sufrimos las mujeres en el movimiento anarquista es precisamente este de la indiferencia, del silenciamiento y la ocultación, que se nos deje por locas, por seres irracionales que gritan para llamar la atención y hacerse con el lugar de los líderes masculinos. ¿No es esto lo

que se piensa cuando en las asambleas una mujer toma la palabra? Se mueve en los hombres presentes una necesidad de callarla y ponerla “en su lugar”, que es por debajo, y si habla o actúa, que sea movida por órdenes de ellos. Observemos que cuando una mujer toma la palabra, suele ser un hombre el que salta, y es el que quiere liderazgo. A ella incluso se le tachará de egocéntrica y autoritaria, ya saben ellos montárselo muy bien para convencer de que la violencia viene de ellas. Hay tantos comportamientos que se pasan por alto y que son violencia, que si tuviéramos que juzgar por nuestra actual capacidad de generar espacios no violentos y sin líderes, el nombre de “libertarios” se nos caería a pedazos de la vergüenza. Como ya advirtió Emma Goldman en su día, el patriarcado, como toda jerarquía, tiene un origen psicológico, y no hay revolución sin revolucionar primero nuestro interior. Hay que distinguir claramente lo que es violencia defensiva, de lo que es violencia ofensiva y de dominio. Esta última está asociada a modelos patriarcales, de exaltación de la guerra, de los logros externos, y de desprecio por el trabajo asociado al espíritu, la creación, la cultura, la paz, y el cuidado de sí y de los otros. Al final lo que tenemos es un continente sin un contenido, una hipertrofia de símbolo, una apariencia de ser, una fachada hueca, y la casa se nos cae porque estamos tan preocupados por el hacer, que no dejamos espacio al ser y al sentir, con lo que el resultado de tanto hacer es igual a no hacer nada. El de nuevas masculinidades, es en esencia un trabajo interno, no asociado al prestigio del hacer, que no sirve para salir en los periódicos ni dar imagen de superioridad productiva, ¿estarán los compañeros dispuestos a hacerlo? Sirva este número para motivarles.

Átropos

CÓMO SER DISIDENTE DEL PATRIARCADO

Cuando Kropotkin era niño, en una comida familiar, su padre dio una bofetada a un criado. Piotr sintió la humillación de los cinco dedos marcados en la cara de aquel hombre como un daño brutal, del que él era en cierto modo responsable, y fue llorando, tras el postre, a disculparse con aquel siervo, que profundamente herido le contestó que se secan las lágrimas, porque crecería y se convertiría, a su vez, en un amo.

Quizá esta pequeña anécdota, que cuenta en su libro ‘Memorias de un revolucionario’, haya sido crucial para la trayectoria posterior de este alma grande, que renunció a sus privilegios familiares y dedicó su vida a intentar crear una sociedad más justa.

Cuando se habla de nuevas masculinidades, pienso en Kropotkin niño, llorando de impotencia ante la injusticia del mundo en el que había nacido. Sólo esa comprensión horrorizada e intensa de la injusticia, y el rechazo profundo a colaborar con la opresión, puede llevar a los hombres a construir identidades y personalidades disidentes, que rehúsen participar en un sistema injusto, aunque ellos hayan nacido en el lado del privilegio.

Lo más común, sin embargo, también entre los compañeros libertarios, es el negacionismo y la ceguera selectiva, una mirada embrutecida que es incapaz de discernir la opresión y la violencia en la que viven las mujeres, y que es también incapaz de identificar sus propios privilegios, y por tanto, de renunciar a ellos. Es el famoso “yo no soy feminista, soy humanista”, que tantas veces he escuchado en compañeros libertarios, que parte de la base de que no hay nada que cambiar en ese terreno, las cosas son así por naturaleza, y es cuestión de ser todos buenos humanos y ya.

Así que el primer paso para crear una masculinidad no patriarcal es ser capaz de reconocer la existencia del propio patriarcado, en sus manifestaciones sutiles, y en las más groseras. Parece fácil pero no lo es, porque se trata de actitudes milenarias, constantemente renovadas bajo distintas formas, naturalizadas por millones de mensajes, que establecen un marco cultural que genera jerarquías. El narrador del documental de naturaleza que oímos mientras dormimos la siesta en el sofá nos cuenta, por ejemplo, que el macho lucha con otros machos por conseguir el control de un harén, como si en la naturaleza existieran harenes, grupos de hembras sin voluntad sometidas al poder del macho más fuerte. Con el mismo rigor podríamos interpretar que las hembras obligan a los machos a pelearse para elegir quién será su esclavo sexual, ya que quieren al más fuerte. Ninguna de las dos afirmaciones tiene nada que ver con los animales que salen en la pantalla, pero la jerarquía macho/hembra ahí queda, naturalizada, tan sólida como el suelo sobre el que caminamos.

Hay que desafiar ese relato, igual que Kropotkin desafió el relato de la nobleza y la servidumbre. Uno de los aspectos de la vida humana donde se ha refugiado el patriarcado ante los avances del feminismo es el sexual, naturalizando la violencia y el ejercicio del poder, como si eso que pasa en los burdeles, en las películas y en el porno fuera la sexualidad humana. Cualquier nueva masculinidad, todo disidente del patriarcado, debe revisar cómo es su conducta sexual y amorosa, y establecer una ética de no colaboración. Rehusar a la industrialización de la sexualidad,

rechazar el porno y sus valores de supremacismo y explotación, negarse a ver a las mujeres como objetos de consumo, y por supuesto no comprar nunca la libertad sexual de otra persona obteniendo su consentimiento a cambio de dinero. Decía Mary Pipher: “Los jóvenes deben ser socializados de tal manera que la violación sea considerada un acto tan impensable como el canibalismo”. La industria del porno hace todo lo contrario, socializa a los niños y a las niñas en una sexualidad aterradora, en la que todo placer pasa por la degradación de las hembras humanas, una violencia simbólica y real que sería impensable si se ejerciera contra cualquier otro colectivo de seres humanos (negros, judíos o gitanos, por ejemplo, por poner tres colectivos perseguidos en todo el mundo).

Sobre el patriarcado y el amor han corrido ríos de tinta: animo a los compañeros a leer a feministas y a anarquistas que analizan cómo el amor romántico ha sido el opio de las mujeres. Los celos, el sentimiento de propiedad sobre otra persona, la explotación del trabajo y el cuidado de la compañera, los males de la pareja patriarcal han sido expuestos en miles de libros y artículos. Uno de los problemas, sin embargo, está en que la mayor parte de los hombres no suele leer textos escritos por mujeres. No es algo que hagan conscientemente, pero es un fenómeno bastante común, quizá porque leer significa dejarse invadir por el autor, y hay varones que aún son reacios a dejarse invadir por las subjetividades femeninas.

El camino del disidente del patriarcado es largo, y requiere introspección y sinceridad. ¿Quién limpia tu cuarto de baño? ¿Quién cocina? ¿Quién atiende las necesidades de las personas que están a tu cuidado, padres y madres ancianos, niños y niñas, no un día sino todos los días?

¿Quién se encarga de la gestión emocional, quién dedica en tu entorno tiempo a los demás? Respóndete a todas esas preguntas, y si quieres construir un hombre nuevo, sigue a Kropotkin y bájate del privilegio.

Láquesis

EL PROBLEMA DE LOS SEXOS

Federica Montseny hablaba “del problema de los sexos”, lo que hoy situaríamos más bien en las consecuencias de la socialización patriarcal del hombre y de la mujer en sus relaciones. El enfoque de Federica tenía claro que el género siempre es relacional y cómo este afectaba a la cotidianidad, y con ello al camino de la libertad.

En un principio, quería que este escrito fuese compartido, creado entre un compañero y yo, para combinarlo con una persona del otro sexo, y en una temática que pienso que hay que trabajar mucho en conjunto, con ambos sexos por el tema relacional (lamentablemente no ha podido ser así). Son ellos quienes tienen que trabajar el “nuevo hombre” principalmente, pero también nosotras, ya que tenemos mucho que decir de cómo nos afecta su socialización.

Este escrito es más bien un manifiesto para los hombres principalmente del “movimiento libertario”, para aquellos que buscan una sociedad más justa, empática, sin jerarquías que nos distancien entre las personas y que degradan o corrompen.

Compañeros, dejarnos solo a nosotras trabajar, pensar, hacer crítica sobre estas cuestiones es mantener unos roles que indican que somos nosotras solas las encargadas de los cuidados, de las relaciones, de las emociones... A nosotras nos relega a una posición de “madres”, a vosotros en una posición de “inmadurez emocional”, de falta de trabajo en ello, os “infantiliza”, os hace tener miedo de dejaros embargar y penetrar por esas cosas supuestamente “femeninas”, que rompen esa socialización “masculina”, que no debe ser penetrada, no vaya a ser que rompa su cascarón, su “fortaleza”...

Aliento así a que compañeros no dejéis el trabajo de nuestras relaciones a las academias, a los/as estudiosos/as desde arriba, sino que seamos nosotros/as quienes construyamos nuestra cotidianidad, en nuestros espacios. Esto no son cosas de mujeres, tenerlo claro, ya llevamos demasiado históricamente aguantando esa carga emocional, ese desgaste emocional, intelectual y físico. Esto no es solo una liberación de la mujer, también de la humanidad, esa que tanto aludís, y hasta que esto no se trabaje también por vuestra parte será un eslogan vacío.

Las mujeres anarquistas llevan años alentándoos a uniros en esta lucha, a trabajar cómo daña ese “problema de los sexos” a nuestras relaciones y cotidianidad, así como en la búsqueda de un nuevo mundo. Desde Mujeres Libres con sus manifiestos y carteles aludiendo a que no se compre relaciones sexuales, a que no se aprovechen los hombres de esa jerarquía sexual y económica sobre las mujeres hasta Federica Montseny con “la problemática de los sexos”.

En la tesis de Antonio Prado “*Escritoras anarco-feministas en la Revista Blanca (1898-1936)*”, se analiza algunos escritos y obras de Federica Montseny, entre otras. Parece, que casi un siglo después, los hombres del movimiento libertario siguen sin acabar en conjunto

de animarse a tratar las temáticas que proponían nuestras compañeras a llevar en conjunto esta tarea. Así, en el libro de Prado se hace la siguiente referencia del escrito de Federica Montseny (que podría estar perfectamente escrito hoy) “La mujer problema del hombre”: *“Quizás, cuando termine estos artículos, escriba yo, si algún hombre no lo hace, otra serie que titularé: “El hombre, problema de la mujer”. Pero de la misma manera que hemos de ser las mujeres las que decidamos sobre nuestra personalidad, las que discutamos nuestros problemas, las que nos atochemos a nuestro gusto y voluntad, también deben ser los hombres los que decidan sobre sí mismos, los que traten y discutan su problema, tanto o más grave para la mujer de lo que es éste para el hombre”*.³

Es curioso que las compañeras una y otra vez aluden a crear ese “nuevo hombre” en las relaciones, más allá de la esfera económica y del trabajo también del hogar. Quiero hacer hincapié en esa división de roles masculino (economía) vs femenino (lo que tiene que ver con el hogar, con las relaciones, lo íntimo) que tenía y tiene gran influencia en que la sindicalización fuese mayoritariamente masculina. Pero a diferencia de los hombres con el supuesto mundo “femenino”, las mujeres también se hicieron activas en la esfera que se supone “masculina”, mientras estos siguieron dejando las jerarquías en las relaciones, el trabajo emocional y de cuidados, así como su estudio y análisis a ellas, es decir, siguieron dejando lo privado e íntimo a las mujeres, dando de nuevo más importancia al “mundo masculino” como si este fuese el trabajo de toda la humanidad, e igualando de nuevo “masculino” = humanidad y “femenino” = las otras.

Las compañeras hacían referencia constante a la agresividad y propiedad en las relaciones que ejercían los hombres, haciendo hincapié constantemente a esas características que siempre se han unido a la “masculinidad”. Y que hoy en día sigue causando grandes estragos, ya que la mayoría de homicidios son ocasionados por el sexo masculino debido a los roles de género que le acompañan, y con una agresividad que también se enfoca hacia ellos mismos con una estadística mayor de suicidios.

Así, Federica Montseny y otras compañeras, se centraron en hacer entender al hombre, que parte de su lucha para construir el “nuevo mundo”, era que ellos también se construyesen como “nuevos hombres” y no sólo ellas en materia de relaciones íntimas. Mostrando el rechazo a la agresividad y los deseos de posesión inculcados en ellos. Esto muestra una clara diferencia en el enfoque de los escritos de compañeros varones, que cuando hablaban de la liberación femenina o de las relaciones escribían centrándose en la incorporación de la mujer en la lucha sindical y como mucho en la repartición del trabajo del hogar y la crítica al matrimonio o formalización de las relaciones, pero olvidando y haciendo caso omiso al llamamiento de las compañeras en torno al problema jerárquico de cómo recae sobre ellas el trabajo emocional y de cuidados. Y cómo ellos han tenido una socialización agresiva, posesiva, de la que no están sabiendo librarse.

“Porque, si para ese individualizamiento del amor es preciso contar con un nuevo tipo femenino, tampoco el tipo masculino corriente ofrece las condiciones previas para llevarlo a cabo. La intransigencia, el brutal sentimiento posesivo, los celos, el amor absorbente e intolerante, son

³Federica, Montseny. 1926-27. “La mujer, problema del hombre”. Referenciado en Prado, Antonio. 2011. *“Escritoras anarco-feministas en la Revista Blanca (1898-1936)”*.

defectos más masculinos que femeninos, defectos gravísimos, que sobran y bastan para declarar insoluble el problema del amor”⁴

Montseny escribe una y otra vez sobre ello, en su obra “Una mujer y dos hombres” (1929) de la colección “La novela ideal”, narra de forma educativa una nueva forma de entender y llevar a la práctica las relaciones, incitando a la mujer a la autonomía, a la independencia, a vivir sus deseos. Y a ellos a empezar a reconocer la libertad de éstas, a intentar comprender sus emociones, al diálogo, y al no abandono al mínimo problema (responsabilidad afectiva). Es decir, a que dejen de dejar el trabajo emocional solo a ellas y se impliquen y responsabilicen, que dialoguen. Y aunque Prado enfoque en que Federica “propone que sea el vínculo amoroso el que esté por encima de la garantía paterna, criticada como un residuo más de la propiedad privada”. Que también, pienso que una de las cosas más importantes que pretende enseñar Federica es la importancia del diálogo entre los compañeros y la compañera, incomodando a la protagonista la falta de llegar a hablar, de comprenderse, de responsabilizarse con el vínculo que existía. De alguna forma Federica demanda aquello que siempre han hecho las mujeres por el hombre, esa forma de amar como la entendía Emma Goldman; “*si el amor no sabe cómo dar y tomar sin restricciones, no es amor, sino una transacción que nunca deja de insistir en más o menos*”. Alentando al hombre, pidiéndole de alguna forma que deje esa “masculinidad” que no le permite volcarse cómo si se vuelcan las mujeres en las relaciones, en los cuidados, en la otra persona.

“¿Te extraña? ¿Acaso te has preocupado de mí en todo este tiempo? Me has dejado sufrir por tu suerte, imaginando incluso que eras capaz de morir o de matarte. Ni te has muerto ni te has matado, demostrando que de desesperación no se muere, pasados los treinta años. Han sido sólo los celos, tu rabia de macho, tu humillación de hombre que veía fecundada por otro una mujer a la que él no había hecho madre, lo que te alejó de mí, dejándome libre, dirás tú, de reunirme a Armando, como si no supieses tú de sobras que yo sólo tengo una palabra y una moral mía, que nada tiene de común con las otras morales. Y te soy franca: os odio ahora un poco a los dos: a él, porque no me dió más de lo que yo le pedía; a ti, porque exigías de mí más de lo que yo podía darte. Ninguno ha sido grande ni generoso de los dos. Y la única que ha tenido el valor de ser ella misma, el valor del egoísmo santo, he sido yo.”

Compañeros no dejéis que el patriarcado nos divida y jerarquice, escuchad y leed a las compañeras de antes y de ahora, compartamos y trabajemos no en unas “nuevas masculinidades” que muchas veces no dicen nada. Si no en cómo afecta la construcción del hombre y de la mujer de forma relacional, en crear aquello que ya nuestras compañeras decían “el nuevo hombre” y “la nueva mujer”.

Cloto

⁴Montseny, Federica. 1927. Referenciado por Prado, Antonio. 2011. “Escritoras anarco-feministas en la Revista Blanca (1898-1936)”, pg. 161.

